

rompe en un vals apasionado, y yo dejo que la noche de mi pena cierre del todo, para que en la penumbra de mi fantasía surja un perfil adorado.

La muchedumbre ociosa se extasia ante los juegos de luces de bengala que cruzan por la negrura del espacio, y yo contemplo la elación de mi princesa

El último cohete rasga la oscuridad del cielo, regándolo de chispas, y dispersos vuelan por el aire los ecos de una diana

Ha concluido la fiesta; la concurrencia desfila, á tiempo que la lluvia se desata estrellando sus goterones en el pavimento, y semejando en la techumbre del kiosko un redoble inacabable; pronto el alero parece circuido de perlas, con las gotas vitrificadas que brillan á la luz de los focos.

Todo queda solitario; de vez en cuando un trueno rompe el tedioso tamborileo de la lluvia, y á la luz de los relámpagos se ve un rebaño de nubes huyendo en alas del viento

20—4—908.

PROFANA

Para Carmen.

Con amor, con afecto de hermanos, como escudándola con la pompa de su follaje remozado por la Primavera; meciendo sus copas con cabeceo rítmico, que es arrullo; ofreciéndole la garrulería de las aves que tienen en las ramazones sus nidos, así están los altos álamos, la guardia de honor de la pequeña Capilla, que se adivina en el follaje oscuro

La piedad ha colocado en el interior de ese templo

una imagen de Cristo y de su dolorida Madre: dos esculturas hermoeadas por la leyenda. Una semi-oscuridad reina en el recinto; todo está silencioso; el *armonium* mudo: por una ventana entra diluida, al través del cortinaje de hojas, un rayo de sol, como el adiós del día, que viene á posarse sobre la frente sangrante del Crucificado, esparciendo una claridad tenue. El nimbo de plata del Mártir, semeja una ascua dorada, y cabe una hornacina vacía, ocupada otras veces por el Nazareno de la columna, un haz de flores marchitadas agoniza.

En el ángulo más oscuro de la nave, como ocultándose á las miradas, están hacinados varios ciriales, haceros y una cruz alta. Frente á ese ángulo, un gran espejo, en el que se estrella la luz muriente del sol, que de rechazo envía el nimbo del Cristo.

En ese espejo y en medio de la ráfaga luminosa, veo retratada una imagen querida, limpia, destacando su perfil de diosa sobre un fondo de oro; como una flor de lis en un dorado escudo, que blasonara la alcurnia de principesa de mi ensueño.

Fué ahí; fué aquella mirada que se cruzó con la mía, en la luna biselada del cristal, la que incendió las pavesas de mis ilusiones; fué en aquella tarde primaveral cuando renació —como el Fénix— mi amor hecho cenizas

Saliste del templo; te siguieron mis ojos con ansias de sediento, deseando abreviar en tu mirada su sed de amor

Una lluvia de notas, como la marcha triunfal que despide á un rey, descendió de los árboles, á tiempo que el sol se hundía tras la cresta azul de una montaña

Tu mirada llegó á mi retina; aún cantaban las aves, pero no era ya la despedida del rey, era la marcha nupcial á nuestras almas que se habían unido para siempre!

12—4—909.

ANTONIO MORENO Y OVIEDO.



TARDE NUBLOSA.

Me ve la tarde con sus ojos grises;
yo la contemplo lleno de tristeza;
se mezclan mi dolor y su tristeza
y formamos un gris de nuestros grises.

Surgen mis pensamientos sin matices,
inconstantes, velados, con pereza,
y se confunden luego en la pereza
de la plumiza tarde sin matices.

Avanza sin crepúsculo la noche,
mientras sobre mi espíritu abatido
abre mi amor su delicado broche,

rásgando las tinieblas del olvido. . . .
¡Todo duerme en los brazos de la noche,
menos tú, oh mi espíritu abatido!

OTOÑO Y PRIMAVERA.

Al Sr. Ramón López Velarde,
carifiosamente.

¡Otros anhelan el fuego
y la vida de tu savia,
Primavera; gocen otros
la opulencia de tus galas,
la limpidez de tu cielo,
la caricia de tus auras,
el aroma de tus flores,
el canto con que nos llamas!

¡Yo estoy bien en el Otoño
con mis dulces añoranzas,
los paisajes taciturnos
que melancoliza el gualda,
las tardes cortas que tienden
un abanico de espadas,
mirando caer las hojas,
oyendo gemir la racha!

¡Primavera, gocen otros
la opulencia de tus galas;
yo estoy bien en el Otoño
con mis dulces añoranzas!

¡DE MÁRMOL!

Una mañana del ardiente mayo,
mientras le declaraba mi pasión,
«estás hablando inútilmente, —dijo—
¡no tengo corazón!»
—Asómate al jardín: ¿ves cómo giran,
buscándose las dos,
ese par de galanas mariposas
sedientas de la flor?
La pollada que pía en ese nido
que el instinto colgó
del rosal en las ramas más tupidas,
uno del otro en pos,
solicitos la cuidan y sustentan,
cantando su canción,
aquellos delicados pajaritos
que nos ven con temor.
Grabadas tiene el banco, donde siempre
nos sentamos tú y yo
á platicar de cosas ideales,
al tramonto del sol,
dos letras enlazadas y una fecha:
deleite del amor. . . .
¿Las mariposas en su revoleo,
—danza de la ilusión;—
el prodigioso nido con la cría
inspirado por Dios;
las cifras del asiento, el maridaje
de la luz, el calor,
los perfumes; la vida en todas partes;
la gloria de esta gran fecundación,
nada te dicen? ¡habla! ¡estás turbada!
¡Ya tienes corazón!

IDEALIZACIÓN.

Embriaga como el vino tu belleza;
por eso te buscamos, cortesana,
en el amor nuestra común hermana,
para que nos confortes la tristeza.

Danos la caridad de tu vileza
con santificación, mujer mundana;
el Ensueño es quien llama á tu ventana:
¡al Ensueño prodiga tu terneza!

Olvida lo terrible del mañana;
tu dolor; el afán de la pobreza;
á los que te motejan por liviana

. . . . ¡Reclinen en tu seno su cabeza
tus mil galanes; muéstrate lozana,
y conforta tristeza con tristeza!

RIMA.

Tienes devotamente, todavía
con muchas hojas blancas,
tu diario de la historia del cariño
que juntó nuestras almas.

También yo tengo el mío; mas tú sabes,
porque fuiste la causa,
que borraron sus páginas más bellas
la lluvia de mis lágrimas
Si no me quieres ya, ¿por qué tu libro
devotamente guardas?
¿Por qué conservo el mío, si murieron
mis dulces esperanzas?

OLVIDANDO.

Caed, caed, cenizas del olvido,
sobre la imagen que en el alma llevo;
quien, tiránicamente, la ha esculpido
me tiene por su amor triste y longevo.

Sepultad el recuerdo que me mata;
la torre de marfil de mi quimera,
aunque después extrañe de la ingrata
el eterno anhelar de que me quiera.

Si renuncio el placer de mis dolores
por el aburrimiento de la calma,
es por ver si procura mis amores
cuando la soledad reine en su alma.

¡No lo conseguiré! Son devaneos
de mi consternación por sus desvíos;
nunca pude mezclar nuestros deseos:
¡siempre apartó los suyos de los míos!

¡Ilusión imposible de mi vida,
 consúmeme en el fuego de mis males;
 descansa, corazón; tu amor olvida:
 ya la mariana flor sobre tu herida
 abre sus siete místicos puñales!

MIS NOCHES.

I.

Noche de luna, —nimbo del triste;
 tuberculosa con traje blanco;—
 á tu muy suave melancolía
 llegan, buscando
 el viejo nido de los amores,
 mis juveniles recuerdos santos.

II.

Noche serena, serena noche,
 —burbujeante, claro remanso
 de algún Danubio del firmamento,—
 vé mi quebranto
 ¡Ah de la nave de la Esperanza,
 para que pueda cruzar tu lago!

III.

Noche cerrada, terrible, negra,
 —alma de Otelo por el espacio,—
 bajo tus sombras bebo tranquilo,
 solo, cantando,
 —alción en medio de la borrasca,—
 la hiel de todo crucificado.



BERNARDO REINA



EN DILIGENCIA

Alborozado estaba yo con mi flamante grado de capitán de caballería, i la suerte me deparaba ocasión de hacer valer mis servicios, pues se me destinaba á guarecer parte del camino de Guadalajara, entre San Juan de los Lagos i Jalostotitlán.

Llegado á esta ciudad del alcalde famoso, desde la vispera del día de mi salida, me informé en la casa de Diligencias del número i calidad de los viajeros que en el mismo coche tendrían que ser mis compañeros de cadena: digo, de camino. Porque en aquellos tiempos, no muy lejanos, pero ya casi olvidados, un viaje era como un castigo, pues aparte de las naturales molestias de una expedición incómoda, cuales eran las imprevistas i necesarias demoras si la máquina rodante perdía alguno de sus órganos indispensables, lo que hacía urgente alcanzar la primera casa de postas escalonadas en la vía, en busca de refacción, quedando entretanto los pasajeros á la luna de Valencia; de los retardos que en la estación de aguas acarrea el pé-

simo estado de las carreteras, convertidas en baches pestilentes, ó en fangales de tal viscosidad, que imponían la urgencia de echar mano de la tracción de tardos bueyes que se tomaban de las haciendas del tránsito; aparte de esto, venía la forzada familiaridad entre viajeros que por varios días iban embanastados i aprensados, en contacto involuntario unos con otros, soportando aromas no muy agradables, genios groseros, conversaciones fastidiosas i eternas, pues aquellos eran los tiempos de los incansables narradores. Casi nunca faltaba el viandante veterano que no soltaba la palabra desde México hasta Zacatecas; i, si bien entre esta especie había algunos divertidos, en cambio, más eran los carentes de esa cualidad.

Plaga no menos frecuente ni incómoda era la de la señora que viajaba sola i que, no llevando persona de su familia á quien molestar con mil y un detalles de la expedición, tenía por servidores, *velis nolis*, á todos ó casi todos los que alcanzaban la felicidad de ir con ella. Otro tipo, el cura que musitaba su oficio divino, i de vez en cuando hacía insinuaciones contra el partido liberal. Otro, el cazador empedernido que iba á la sierra en busca de venados, i que pertrechado de todas armas, nos llevaba sirviéndole de armero, con la bolsa de las municiones sobre nuestras rodillas, la carabina de dos cañones incrustada en nuestras espinillas, el cilindro del revólver hundido por debajo del hueso alegre, entonces afligido.

Los informes que recibí no podían ser más desconsoladores. De los nueve asientos estaban ocupados seis, dándome á elegir entre dos delanteros i uno de portezuela. Di la preferencia á un delantero, con objeto de no dejar tras de mí los adversarios ó compañeros. Eran éstos, un cura i su hermano, dos estudiantes que vol-

vían al seminario, un caballero que no despegó los labios en todo el camino, i una *prima donna* de la ópera que iba á actuar en el Degollado.

A las cuatro de la mañana ponía yo el pie en el estribo, i á los pocos minutos íbamos desempedrando calles i dando sacudidas de artistas acrobáticos, capaces de despoblar de dientes una boca de poca solidez.

La madrugada era bastante fría, corriendo el mes de Noviembre, así es que el agradable calorcillo del espacio cerrado fué benéfico para mis miembros entumecidos. Procuré orientarme i reconocer las personas que me rodeaban.

En el fondo, i cabeceando cómicamente, según los vaivenes del vehículo, la gran mole del sacerdote i las enclenques de los estudiantes; en el medio, la cantante i el caballero mudo; cerca de mí, i sirviéndonos de línea divisoria, una petaca de mano con vasos ú otros objetos de vidrio, el sacristán ó hermano del párroco.

La *prima donna* iba frente á mí, envuelta en largo abrigo de algo afelpado, según pude notar cuando los saltos del coche hacían chocar sus rodillas contra mis manos. Sobre el blanco ceniciento del árido campo iluminado por la luna, se destacaba en negro el perfil correcto de la diva: nariz griega, labios finos, un poquillo saliente el de abajo, lo que le daba un aspecto distinguido como á ciertas dinastías, barbilla i cuello arredondados i busto espléndido.

Largo rato vacilé antes de decidirme á echar mano de mis escasos i ya borrosos conocimientos en la lengua del Petrarca; pero por fin decidíme, i en mal italiano le dije alguna frase trivial relativa á los tantos bajo cero que íbamos sufriendo; i, hablando del frío, se rompió el hielo. Desde aquel momento, ya en italiano, ya en español, una i otra lengua defectuosas é inconocibles, no

cesamos de flirtear, pasando el tiempo del modo más agradable para mí, que me esperaba cosa muy diferente.

Me habló de sus contratas, de su itinerario probable, de las obras de su predilección, en lo que —cosa inexplicable— salían de acuerdo nuestros gustos, pues las que yo más gustaba, también ella las cantaba con más amor, eran las que estudiaba más, aquellas en que se sentía más compenetrada con el público, como si la corriente mágica que se establece entre artistas i espectadores, aumentando el efecto pasional de las grandes creaciones, fuese algo material, un cable invisible que del escenario al parterre lleva el canto inspirado i de allá vuelve convertido en lágrimas i aplausos. Hablamos de Italia, la tierra clásica del arte, el sueño i aspiración de todos los amantes de la belleza.—«Oh, la mia patria! Giamai la rivedró. He uscito de allí una bambina, son sette anni, restando sola, poverina, la mia madre, i fratelli. Ma l'amore del arte m'a portato a tuti sacrificii.»

I yo hablaba por el mismo tenor, diciendo mis ansias de gloria, el entusiasmo al ver la bandera de Italia tan semejante á la mía, mis anhelos de viajar por aquellos países; pero, decía yo, en unión de una compañera como ella, que me hiciese, con el conocimiento de los lugares, apreciar mejor las bellezas; con su gracia, más dulces las horas de los monótonos viajes.

Ya la luz de la pálida aurora comenzaba á arrebolar las lejanas sierras i los ligeros cirus que como algodón cardado se tendían por la parte oriental del cielo. Con ansia había esperado yo ese momento para contemplar á mis anchas los hechizos de mi italiana; pero la luz servía poco, pues el negro velillo, aunque algo transparente, no permitía con aquella débil claridad, percibir sino el obscuro arco de las cejas, el brillo de las pupilas i los grandes rasgos que ya había vislumbrado.

Detúvose el coche en uno de los relevos, pequeña ranchería de casucas de adobe con techo de zacate. Las pobres mujeres del caserío se aproximaron á la diligencia para ofrecer á los pasajeros leche i calabaza tatamada; i, habiendo Emma —me parece que hasta este momento no la había presentado con su nombre de pila— manifestado deseos de probar aquellos alimentos, galantemente pagué real y medio por los que pidió, pues su compañero dormía.

Entonces, para tomar la leche, levantó hacia atrás el velillo i pude al fin clavar mis ávidas miradas en su rostro que me dejaría contemplar su belleza. . . . ¡Dios mío! Allí se alzaban ruinas más venerandas que las de Pompeya, la frente surcada de profundas arrugas, los ojos abotagados en los párpados superiores, la nariz como apretada por pinzas, el labio superior deprimido por falta de esqueleto, i la barbilla, aquella redonda barbilla que acariciaba yo con mis ojos, ostentando amplia verruga feraz en vegetación capilar que formaba un rizo. . . .

No quise ver más: pretexté la urgencia de revistar un destacamento en un pueblo cuyo nombre inventé, i ya en momentos en que el mayoral chasqueaba el látigo i las ocho mulas de fresco emprendían el trote, arrojéme al suelo por el camino más corto i pude oír la risotada de los estudiantes i la voz del caballero mudo, que sacando la cabeza por la portezuela, decía mirándome:

—«Ecco il brigante!»

HISTORIA NATURAL.

Medio dormitando oía yo las explicaciones del director acerca de las varias clases de impuesto, tema que en aquella tarde había elegido en la clase de Economía Política, que dos veces por semana marcaba nuestro horario.

Mis ojos permanecían abiertos ó casi, ya que á veces, contra mi voluntad se cerraban, sin que en mi entendimiento llegaran á burilarse las ideas que, con entusiasmo digno de mayor atención, i con voz robusta i un tanto chillona, el señor procuraba hacer germinar en nuestros rehacios intelectos.

La figura juvenil del director; el mapa de la orografía mexicana que, pendiente de un testero del salón i con sus varillas formando ángulo agudo con el horizonte, oscilaba de tarde en tarde, cuando una ráfaga de viento entraba por la ventana frontera i refrescaba un poco la pesada i enervante atmósfera de la siesta; la cromolitografía de Juárez en la cabecera; cerca de ella, la mancha de humedad salitrosa que se me antojaba una caricatura de vieja presumida, con la maraña del rizado tupé, con los profundos surcos entre la nariz prominente i el

labio hundido como en la actitud de fumar cigarro i su ojo constituido por un agujero, del que había caído el clavo, llevándose un pedazo de revoque, dejando una oquedad que á mi ver representaba la órbita con su pata de gallo i un lagrimón que caía hacia la boca; la mancha de jiricua que tenía en la nuca Juan Ordaz; la asimetría del pelo de la cabeza que ostentaba el Coyote i con sus pringuitas blancas de restos de huevecillos que constelaban el sincipucio; el recuerdo del famoso golpe de treinta, el uno i el mate que en la mañana me diera nombradía i la posesión de la canica verde de Pancho, avezado como el que más en todas las triquiñuelas del juego; no sé qué otras figuraciones en que se embargaba mi fantasía danzaban lastimosamente confundidas en mi cerebro, cuando de mi arrobamiento vino á sacarme el ruido de un reglazo sobre la mesa i la interpelación directa: «Crispín, diga usted cuál es el impuesto progresivo.»

En progresión acrecía mi pena por no poder atinar con la contestación del enigma, no obstante buscarlo obstinadamente en el piso i techo del salón, i ya pensaba en el aburrimiento que me producirían las cincuenta líneas manuscritas, castigo ínfimo que estimaba yo me vendría por mi invencible modorra, cuando por mi ventura, la señorita directora de nuestra sección, que se había ausentado en busca de algunos materiales que necesitaba para la clase que iba á seguir, volvió á presentarse.

Llegó risueña como de costumbre, sonrosada su redonda carita que sus discípulos creíamos ver reproducida en una estampa que ilustraba en nuestro libro de lectura un artículo que tenía por epígrafe: «La bondad es siempre amable.» Después lo he mirado y me ha parecido muy feo; pero ella no lo era. ¿Qué había de ser?

Morena, suave i armoniosamente morena, con ojos negros muy expresivos, con una naricita un poco remangada, con unos hoyuelos en las mejillas i otro en la barba, i sobre todo, con la eterna amabilidad para los chamacos, i su voz de inflexiones acariciadoras. Te decía, pues, que regresaba con una cestita llena de flores i de hojas para darnos la clase de Historia Natural.

Pasó por frente al señor director sonriendo afablemente i comenzó á extraer con cuidado las flores que iba colocando sobre la mesa. Sus manos pequeñas y pálidas se hundían entre las flores i salían con puñados de ellas, i con mimos, como si sintieran, las ponía ordenadamente, i algunos pétalos se le adherían en los dedos como si quisieran seguir sintiendo su calor. Las otras quedaban en la mesa, brillando al sol con los más variados matices i reflejando la luz en las gotitas de agua, que semejando aljófara, las salpicaban. De seguro D. Luis gozaba también mirando aquellos preparativos, pues no apartaba sus ojos de las manos de la señorita.

En lo que á mi toca, salí bien librado, pues mi castigo se redujo á estar de pie durante la clase que iba á empezar, i pude entretener mi aburrimiento, contemplando cómo la luz del sol, dando sobre las hojas de las amapolas, les comunicaba tintes de sangre i poco á poco las marchitaba, i los erectos pétalos se tornaban flácidos i caían.

La señorita aguardaba la salida del director para dar principio á la clase; pero él, lejos de retirarse, parecía experimentar placer prolongando su permanencia, así es que dijo: Puede usted comenzar, Srta. Luisa, i yo con mucho gusto asistiré á su explicación. . . . si usted me lo permite, añadió sonriendo.

Aquella no contestó, sino que, como si esto la apenas más que otras veces, se enfrentó con la fila de mesas

i, vacilando en la elección de las palabras, empezó la clase.

A su lado, absorto profundamente, sin dejar de mirarla i siguiendo con gran interés el desarrollo del tema, estaba el señor entretenido en dar vueltas entre sus dedos á una ramilla de trigo no madura que con su espiga de largas barbas cabeceaba al girar.

Continuaba la explicación: aquéllos eran los órganos portadores; éstos, los protectores; los otros, los destinados á la reproducción. Nos habló de muchas particularidades de las flores: de algunas sanguinarias que se alimentan de los insectos que imprudentemente caen dentro de la cárcel de su corola; de otras que al parecer sienten el contacto de los indiscretos i, pudorosas, se guardan cerrando sus hojas. Paulatinamente, arrastrada por su saber, fué hablando cada vez más fácilmente, sin que en su aspecto se echara de ver el temor que al principio la dominara. A veces se detenía, cuando á hurtadillas notaba que desde el corredor la oía la directora del quinto, una profesora muy inteligente, según se decía, i prometida del señor director, según se murmuraba.

Barrunto ahora que, por ciertas señales de impaciencia que nó podía dominar del todo, también D. Luis se apercibió del espionaje que del exterior se ejercía.

—Recapitulemos. ¿Cuándo se dice que una flor es gamosépala? . . . ¿Cómo se llama esta envoltura que semeja rica tela de seda? . . . ¿Cómo esta parte ensanchada que está sobre este hilito? . . . ¿Cómo? . . . Ya lo olvidó. Se llama antera: allí está este polvito color de oro que cae sobre este órgano que se llama estigma i fecunda la semilla donde está en germen la nueva planta. . . .

—Señorita. . . .

Era Juan Paredes, que con el índice i el medio de la mano derecha extendidos hacia arriba, esperaba permiso de hablar.

—Diga usted.

—El polen ¿viene á ser la semilla chiquita de la planta que se siembra en el ovario?

—No. El polen es. . . . ¡Bueno. . . .! La planta está ya donde ha de crecer, pero está como dormida i el polen la despierta. . . . es, como si ustedes tuvieran una cosa olvidada i no la pudieran recordar sino oyendo una palabra. . . . i cuando ésta suena, entonces aquella se les presenta clara. . . .; es la luz que da forma á los objetos que están en la obscuridad. . . . es decir, la forma ya la tienen, pero los iluminan i nos los hacen perceptibles. . . . en fin. . . . es la vida que comienza. . . .

I su mirada se volvía al director como en demanda de su palabra que pusiese á nuestro alcance aquella idea que ella comprendía que se nos escapaba sin que la asimiláramos.

—Perfectamente explicado, dijo D. Luis, es todo eso i mucho más.

Sus ojos se fijaban en la señorita con expresión de afecto i de risa i, jugando con la espiga que conservaba en la mano, rozó con ella suavemente el puño de nuestra directora.

En este momento la del quinto entró al salón i, al ver el grupo —no lo olvidaré nunca,— se le alargó la cara, se le frunció el entrecejo, en fin, tomó la semejanza completa con mi antigua conocida, la mancha de humedad de la pared, mirando con saña á la señorita Luisa.

Ésta, con los ojos inclinados al suelo, entre sonrojada i risueña, tenía trémulos los labios i ensanchaba su pecho un suspiro, i su rostro adquiría el color de la amapola que hacía traslúcida un rayo de sol.